

Ceremonia de Entrega de Medalla de los 25 años

Homilía de la misa celebrada en la Ermita del campus

(Piura 12 junio 2015 / 6:00 p. m.)

P. Ricardo González Gatica

Capellán Mayor

Celebramos esta Misa, como una reunión de familia, de una familia cristiana que quiere agradecer a Dios su cercanía y su ayuda. Esta circunstancia, de la entrega de la Medalla de la Universidad a algunos de nuestros compañeros de trabajo, como reconocimiento a sus años de servicio, nos hace pensar que en su bondad, Dios ha querido contar con los hombres para sacar adelante a su familia, a una familia de Dios, como quiere ser la Universidad de Piura.

Es natural que tengamos presente, por tanto, al Fundador de la Universidad, a san Josemaría y a su primer sucesor, el beato Álvaro, y a quien es ahora nuestro Gran Canciller, Mons. Javier Echevarría, verdaderos padres que han cuidado y cuidan con afecto paterno esta familia. Contemos con su intercesión y su cariño. Unámonos a nuestro Gran Canciller, en esta Misa y este domingo 14, que celebrará su cumpleaños. El cumpleaños del Padre de esta familia: secundemos su deseo de que este año sea un año mariano para pedir por las familias.

Tengamos también presente, en esta acción de gracias, a todos los que han ido haciendo posible este proyecto, esta familia, desde su inicio, y que han dejado su vida por sacarla adelante: pensemos especialmente, porque son los más recientes, en el P. Vicente Pazos, fallecido hace algo más de 15 días; y en Juan Zegarra Russo, primer decano de la Facultad de Derecho, fallecido hace apenas 2 días: los encomendamos a Dios en esta Misa y les tributamos nuestro agradecimiento, ahora públicamente, porque lo merecen. Así como a tantos otros forjadores y benefactores de la UDEP.

Ahora nos toca a nosotros continuar y quienes han cumplido ya 25 años o más son el punto de referencia más cercano, para conocer y vivir el espíritu de los comienzos de la UDEP. Queremos que, como hemos rezado en el canto de entrada, esta familia de Dios, sea como Jerusalén, una ciudad bien compacta y unida: una unidad que nos lleva a rezar con y “por nuestros hermanos y compañeros, y deseárselas la paz y todo bien”. Como lo deseamos para todos los que componen la Universidad.

Ustedes son para nosotros, deben ser, instrumentos de unidad: de unidad con el espíritu que debe reinar y unidad en el trato diario entre todos. Están representados todos, o casi todos los “equipos” que sacan adelante a la UDEP; todos igualmente importantes, como en una orquesta lo son los distintos instrumentos que hacen posible la sinfonía (o en un coro, las distintas voces), cuando hay armonía y cuando se cumplen con amor a Dios las tareas que a cada uno se nos encomiendan. Por mencionar algunos de estos instrumentos: la vigilancia, la limpieza; las administrativas; profesores, mantenimiento; hasta el secretario general.

Todos ustedes han visto crecer la Universidad y tienen que ayudarnos a cuidar el espíritu y la unidad. El espíritu que debe haber aquí es **el de una familia cristiana muy unida**, que querría **concretar en dos aspectos**, que son manifestaciones de la caridad cristiana y que transmiten paz alrededor, **el respeto y la disponibilidad**.

El respeto: a cada persona; a las instalaciones materiales (cuidado de lo pequeño) como lo hacía el Ing Estartús, por ejemplo, al recoger los papeles que encontraba a su paso; cuidado de los jardines, baños, espacios comunes: señal de respeto. Y respeto en el trato personal: que es cariño, amabilidad, comprensión, interés por cada uno. Preocupación.

Anécdota. La última pregunta. Durante mi último curso en la escuela, nuestro profesor nos puso un examen. Leí rápidamente todas las preguntas, hasta que llegué a la última que decía así: ¿Cuál es el nombre de la mujer que limpia la escuela? Seguramente era una broma. Yo había visto muchas veces a la mujer que limpiaba la escuela. Era alta, cabello oscuro, como de cincuenta años, pero... ¿cómo iba yo a saber su nombre? Entregué mi examen, dejando la última pregunta en blanco. Antes de que terminara la clase, alguien le preguntó al profesor si la última pregunta contaría para la nota del examen. Por supuesto, dijo el profesor. En sus vidas ustedes conocerán muchas personas. Todas son importantes. Todas merecen su atención y cuidado, aunque solo les sonrían y digan: ¡Hola! Yo nunca olvidé esa lección. También aprendí que su nombre era Dorothy. Tenemos el riesgo de que con el crecimiento en personas y en extensión (edificios), podamos descuidar en algo esta característica que nos debe distinguir: el respeto. Es caridad.

Y, la **disponibilidad** para estar donde haga falta para sacar adelante la familia; es decir, tener “la camiseta puesta”. Esta es una actitud de servicio, de alegría, que facilita a todos que puedan contar con nosotros. Esta disponibilidad es también caridad. Es el espíritu que debe haber aquí, **el de una familia cristiana muy unida.**

Esta celebración coincide con la **solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús**. Evangelio de San Juan: mirarán al que traspasaron: a Jesús en la cruz, con su costado abierto por una lanza, del que salió hasta la última gota de su sangre y agua. La Iglesia ve ahí los sacramentos que nos deja Jesús, que brotan de su Corazón y que nos dan la paz en el alma, en una familia: especialmente el bautismo, la eucaristía y la confesión. Manifestaciones de su misericordia.

Miremos a Jesús en la cruz con su costado abierto y las dimensiones de su amor: anchura, longitud, profundidad (San Pablo, 2^a lectura). **San Josemaría nos ha dicho: “un Dios que perdona es padre y madre cien veces, mil veces, infinitas veces”**

Nos ayudarán los textos y la música que la piedad cristiana ha compuesto con el paso de los siglos, y que manifiestan esa fe en la misericordia de Dios en Jesús en la cruz y que escucharemos durante la comunión: como alguno está en latín, los comento ahora, para que los recemos mejor:

- **O bone Jesu:** oh buen Jesús; miserere nobis, *Ten piedad de nosotros. Porque Tú nos creaste, Tú nos redimiste quia tu creasti nos, tu redemisti nos; sanguine tuo praeclaramētū, Con tu sangre preciosísima.*
- **El soneto a Jesús crucificado,** que nos hace mirar y a amar a Jesús en la cruz, no tanto por el deseo del cielo o el temor del infierno, sino por Él mismo, por su amor, porque lo vemos clavado en una cruz y escarnecido; y nos mueve ver su cuerpo tan herido, pero de amor por los hombres; su Corazón
- La tradicional oración **Alma de Cristo**, nos habla también de ese costado abierto: *Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confórtame.*

- Y por supuesto el **Ave verum corpus**, que es como una síntesis de la fiesta de hoy: *Ave verum corpus, Salve, Verdadero Cuerpo; Nacido de la Virgen María, Natum de Maria Virgine. Vere passum, Immolatum in cruce pro homine*, que *verdaderamente has padecido, y has sido inmolado, sacrificado en la cruz por los hombres. Y miramos su costado abierto*:
- **Cujus latus perforatum Unda fluxit et sanguine, de cuyo costado perforado fluyó agua y sangre. Sé para nosotros un antícpo de tu bondad, de tu misericordia, en el trance de la muerte. O Iesu dulcis, o Iesu pie, o Iesu fili Mariae Oh Jesús dulce, oh Jesús piadoso (misericordioso), oh Jesús Hijo de María.**

¡Vayamos con confianza a la Confesión y a la Eucaristía, a encontrar el Corazón de Jesús, a encontrar la paz para nuestros corazones!; sin acostumbrarnos a ser perdonados cien veces, mil veces, infinitas veces.

Sólo así, si nos vemos necesitados de la misericordia de Dios, la tendremos con los demás; familia, compañeros de trabajo, alumnos: seremos más comprensivos, más amables, transmitiremos más paz, más unidad. Seremos también nosotros más hijos de María.

Nos dice san Josemaría, en su homilía sobre el Sagrado Corazón de Jesús: “**En la fiesta de hoy hemos de pedir al Señor que nos conceda un corazón bueno**, capaz de compadecerse de las penas de las criaturas, capaz de comprender que, para remediar los tormentos que acompañan y no pocas veces angustian las almas en este mundo, el verdadero bálsamo es el amor, la caridad: todos los demás consuelos apenas sirven para distraer un momento, y dejar más tarde amargura y desesperación.

Si queremos ayudar a los demás, hemos de amarles, insisto, con un amor que sea comprensión y entrega, afecto y voluntaria humildad. Así entenderemos por qué el Señor decidió resumir toda la Ley en ese doble mandamiento, que es en realidad un mandamiento solo: el amor a Dios y el amor al prójimo, con todo nuestro corazón”.

Jesús, María y José, desde la Ermita, custodian también nuestra Universidad y harán que mantengamos la continuidad en el espíritu que debe haber aquí, el de una familia cristiana muy unida. Así sea.